

en las clases del mismo sueldo que los profesores del Estado en las *Quiuri de Ewiman* á título de propina. La pensión de retiro está acordada por la Universidad á todos los profesores que la piden, despues de treinta años de servicio efectivo; pero gran número de profesores continúa pasada esa época en la enseñanza. Se conceden tambien pensiones á las viudas y huérfanas de los profesores. Todo esto asegura á los profesores un estado en conformidad á la dignidad profesoral.

## DISCURSO

Compuesto por el señor Rafael M. Carrasquilla, y pronunciado en la distribución de premios del Colegio de Nemeson.

Los gobiernos, cualquiera que sea la forma bajo la cual estén constituidos, tienen siempre un poder absolutamente irresponsable. El Monarca en las monarquías absolutas, las Cámaras en las constitucionales, los Congresos en las repúblicas, son poderes que ante nadie responden de sus actos; y á la verdad sería vana tarea la de los legisladores que quisieran hallar un freno para estos gobernantes en otra parte que en el sentimiento religioso, más ó ménos grabado en sus corazones. Y si esta creencia en una religion es la única que puede imponerles una ley, deduciremos que la que mejor logre este objeto estará en posesion de la verdad, al paso que las sectas que para vivir necesitan apoyarse en el poder, no son sino una invención de los hombres.

Me propongo en esta ocasion demostraros que la religion católica, oponiéndose siempre á las injusticias del poder, está en posesion de la verdad, y al mismo tiempo ha establecido la libertad en el mundo.

El cuadro que tenemos que recorrer es grandioso; vamos á echar una ojeada á los cuarenta siglos que nos han precedido desde el Diluvio hasta nuestros dias; vamos á contemplar á los mayores hombres que la Religion ha formado, comenzando por Noé y concluyendo en Pio IX.

La consideracion de mi falta de instruccion y de fuerzas para hablar de tan elevado asunto y delante de tan escogido auditorio, me haria ceder de mi propósito, si no supiera que en vosotros con la más elevada

ilustracion corre parejas la más bonévola indulgencia.

Veinte siglos habian pasado desde la creacion: la titánica estirpe de Cain manchaba la tierra con sus abominaciones, y el Señor indignado resolvió hacer un castigo que no se borrara de la memoria de los hombres. Pero ántes ordenó á Noé la construccion de una arca para salvar al género humano en él y su familia. Por espacio de un siglo se vió al ministro del Altísimo predicar la penitencia encarándose por la vez primera con el poder representado por la humanidad entera, y por un siglo estuvo la humanidad burlándose de Noé y su quimérica embarcacion. Pero el Señor se encargó de vengarlo: el Océano rompió la barrera que lo encerraba, las aguas cubrieron los más elevados montes, y en ese mar sin límites flotaba el Arca, llevando en su seno al ministro de las iras y de las misericordias del Omnipotente.

Poblada la tierra de nuevo despues del Diluvio, las naciones que se formaron volvieron á olvidarse de las verdades reveladas por Dios al hombre en el principio de los tiempos; siguiendo en esto la ley de la humanidad de levantarse cien veces para caer cien veces de nuevo. Entonces un pueblo fué escogido por Dios para conservador de las tradiciones primitivas. A este pueblo dió el Señor por padre un Patriarca, por herencia una nacion entera, por mision la de conservar la verdad en medio de la idolatría general, se dió á sí mismo por legislador y, finalmente, le prometió que de su estirpe naceria el Redentor de los hombres. Pero ántes quiso que gimiera muchos años en la esclavitud de Egipto, para que el dia que entrara á la Tierra de Promision pudiera apreciar su libertad. Moises: hé aquí el hombre escogido por Dios para dar libertad al pueblo; para que, despreciando el poder, enseñase á Faraon la voluntad del Todopoderoso, ¡Qué espectáculo tan grandioso, señores, el de un judío esclavo en presencia de un poderoso Monarca, para recordarle que los Reyes no son dueños del poder si no para cumplir la voluntad del Creador! Diez plagas terribles fueron necesarias para obligar al Monarca á dejar libre á Israel; y el pueblo de Dios pudo entonar un himno á su libertad y lanzarse á través del Desierto en busca de la tierra de sus padres.

Cuarenta años estuvieron los israelitas en el Desierto: en ese tiempo vieron al Mar

Rojo abrirse delante de ellos, comieron del maná, bebieron del agua de la roca, contemplaron la gloria de Dios en el Sinaí, y al fin, guiados por Josué, pisaron la Tierra Prometida.

En posesion pacífica del país, quisieron los judíos ser gobernados por Reyes. Despues de David y Salomon, la nacion dividida pudo ver en los tronos de Israel y Judá una serie de Príncipes prevaricadores, quienes despues de olvidar al Señor se entregaron al culto de los ídolos. En esta ocasion los Profetas fueron los destinados para detener á los impíos Monarcas. Elías, Eliseo, Jeremías, al paso que predecian la venida del Mesías recordaban á los Reyes los mandatos de Dios. Cien escenas á cual más grandiosas pudiera presentaros en esta parte, pero me contentaré con solo un ejemplo.

La nacion israelita gemia bajo el yugo del Rey de Babilonia. Jerusalem estaba destruida; del Templo solo se veian ruinas dispersas; hondo silencio reinaba en su recinto, interrumpido tan solo por los penetrantes gritos de alguna ave de rapina que anidaba entre las ruinas. Entretanto el pueblo en tierra extraña no tenia más consuelo en su dolor que el de recordar sus pasadas glorias. Baltasar, hijo de Nabucodonosor, reinaba en Babilonia: Príncipe cobarde y disoluto no se ocupaba sino de los placeres que una brillante Corte puede proporcionar, y en la ocasion de que hablamos habia resuelto celebrar un espléndido festin. En el salon alumbrado por mil antorchas, cuya luz rivalizaba con el dia, veíanse sobre la mesa los más exquisitos manjares, y los vinos más generosos rebosaban en las copas del templo de Jerusalem: al perfume del incienso y del nardo derramados con profusion, se unian los aromas de los jardines, traídos por la brisa de la noche; á las cien voces de la orquesta se mezclaban el eco de los brándis y el chocar de las copas argentinas. Pero hé aquí que de repente las luces pierden su brillo; la Luna oculta su faz en el espacio; el huracan silba con estrépito; las copas caen de las manos de los convidados, y en el muro del salon aparece con letras de fuego una inscripcion funesta. En vano todos los sabios y adivinos del país fueron llamados á descifrarla. ¿Quién será el que venga á decir al poderoso Príncipe la significacion del enigma? ¿Quién vendrá á reprehenderlo por sus crímenes? En vano buscareis á ese hombre en otra parte si no entre los siervos de Dios. Daniel, Profeta de Jehová, se acerca al Monarca y le dice:

“Tus dias están contados; tus crímenes han sido pesados por Dios; tu Imperio será dividido y dado á los medos y á los persas.”

Y esa misma noche la ciudad oyó con horror el eco de los clarines guerreros, el redoble de los atambores, el relincho de los corceles y el ruido de las armas. En vano se aprestaron á la defensa: Baltasar en esos momentos espiraba desastrosamente y Ciro se sentaba en el más poderoso de los tronos del Universo.

Al Imperio de los persas, conquistado despues por Alejandro, sucedió el más grande que ha existido: el romano. Roma, señora del mundo, paseaba sus águilas triunfantes por los cuatro ángulos del mundo conocido; y embriagada con sus triunfos se habia entregado á la disolucion. Mientras las dos terceras partes de la poblacion, sumidas en la esclavitud, habian olvidado hasta el sentimiento de su dignidad, y tratadas como bestias gemian en oscuros calabozos, sus amos dividian el tiempo entre los sangrientos placeres del Circo, los goces de la mesa y los más degradantes espectáculos. La mujer allí no era la compañera del hombre, sino su esclava, instrumento de sus caprichos y placeres. Allí, mientras el rico, tendido muellemente en su lecho, se hartaba con los más delicados manjares, el pobre espiraba de hambre á las puertas de los palacios. La religion romana en lugar de oponer un dique á estos excesos no servia sino para aumentarlos, presentando á los ojos de todos una serie de dioses á cual más impíos y desmoralizados. Los sacerdotes, como que dependian en lo religioso de los Emperadores, no tenian para éstos sino voces de adulacion, y allí jamas César habia oído una palabra que no fuera un lisonja.

Pero hé aquí que en una de las más apartadas provincias del Imperio se presenta un espectáculo inaudito. En frente de una ancha plaza, en la cual se agita un populacho enfurecido, el Juez romano está interrogando á un reo. En el semblante del Juez se pintan la admiracion, el miedo, el espanto; al traves de las pobres vestiduras del reo se distinguen los rasgos de la divinidad. “¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder para soltarte?”—“Ningun poder tendrias, responde tranquilamente el acusado, si no se te hubiera dado de arriba.”

Momento solemne! señores; el mundo quedó redimido, la esclavitud abolida, la libertad plantada sobre la tierra; esa sola palabra fué la semilla que produjo tantos

millares de mártires; ésa, la que enseñó á los Reyes á ser humanitarios con sus súbditos; ésa, la que obró una gran transformación en el mundo.

El acusado espiró horas despues en la cruz; y al espirar, el universo se estremeció; el Sol ocultó su lumbre, la tierra tembló, las tumbas lanzaron de su seno los cadáveres, y el velo del Templo se rasgó, acabando de esta manera la Ley judaica, para dejar su lugar á la doctrina del Salvador.

Al tercero día el Señor resucitó, y cuarenta despues fué á sentarse á la diestra de su Padre, dejando á los pecadores galileos la misión de predicar su doctrina, de salvar á los hombres, de cambiar la faz de la tierra.

Despues de dejar planteado el cristianismo, todos los Apóstoles vertieron su sangre ántes que acceder á los injustos deseos de los Reyes; todos confesaron valerosamente su fe en presencia del cadalso, como la habían confesado en el curso de su vida. Mas ya que no podemos seguir á todos los discípulos del Señor en su gloriosa carrera, veamos siquiera una sola escena.

Trasladémonos con la imaginación á la ciudad cuna de la civilización europea, á la patria de los héroes: á Atenas. Recorramos sus calles; entremos á sus soberbios templos, en los cuales se da culto á todas las dividades olímpicas; miremos el templo dedicado al "Dios no conocido," templo que da la medida del paganismo griego; recorramos todo esto brevemente. Mas detengámonos unos instantes ante el Areópago, que ya Atenas en masa se precipita á sus puertas, como si adentro tuviera lugar alguna importante escena. Dejenos á esa multitud y penetremos nosotros al interior del edificio.

En uno de los más hermosos salones de aquel palacio colosal están sentados todos los hombres más sabios, más justos, más grandes que hay en Atenas y aun en el mundo entero. Todos ellos discuten entre sí algún importante asunto, á juzgar por la animación de sus rostros. De repente reina en la sala un silencio sepulcral, y todas las miradas se dirigen á la tribuna, en la cual aparece en ese instante un hombre. Su rostro está tostado por el sol, sus vestidos desgarrados, su barba y su cabello cubiertos de polvo. Y, quién es ese hombre? Qué viene á decir á los sabios de la Grecia? Viene á enseñarles la existencia de un solo Dios, la creación del universo, la unidad de la especie humana; viene á hacer que

los sabios areopagitas abandonen sus dioses para adorar á un judío crucificado; viene á decirles: "Toda vuestra ciencia es mentirosa, sois unos ignorantes; escuchad mi palabra, la palabra de un judío miserable como yo, y entonces podreis lograr un conocimiento exacto de las verdades religiosas." Decidme, ¿comprendeis el efecto que produciría en los engreídos sabios, en los poderosos legisladores atenienses, la palabra llena de altivez é independencia de aquel hombre? ¿No os parece un sueño lo que se atrevió á hacer en aquella ocasión? Pues bien; siempre que los Obispos católicos quieren adular á los déspotas lo hacen como lo hizo Pablo con los Senadores atenienses.

La semilla que derramó Jesucristo y que los Apóstoles ayudaron á fecundar con su sangre, no podía quedar sin fruto. En los tres primeros siglos de la Iglesia, diez y ocho millones de hombres, de todas las edades, de todas las clases sociales, confesaron generosamente su fe, en presencia de los tiranos armados con millares de tormentos. Aquí es la esclava Blandina que perece en el anfiteatro de Lion como una heroína; allí es Perpetua, nobilísima joven, quien con igual valor vierte su sangre en Cartago. Sixto II, Vicario de Jesucristo, es sacrificado en Roma, y no mucho despues Sebastian, Tribuno de la Guardia imperial, muere atravesado por las saetas de los verdugos. "César! los que van á morir te saludan!" he aquí el grito con que los paganos adulaban á César en el instante mismo de su muerte. "¡Primero está obedecer á Dios que á los hombres!" he aquí el grito del cristiano que espiraba en medio de los tormentos, antes que acceder á los injustos deseos de los Procónsules y Emperadores romanos. Lucha incomprendible era aquella, porque era la lucha entre el débil y el fuerte, entre el verdugo y la víctima; lucha en que el fuerte usaba de todas las armas conocidas, y en que el débil no tenia sino una protesta en los labios, tendiendo el cuello al verdugo. Y sin embargo la debilidad triunfó al fin de la fuerza: los dioses cayeron para siempre, y en medio de un ejército triunfante, que marchaba coronado de laurel al Capitolio, se levantaba la cruz redentora en el lábaro triunfante.

No muchos años despues, Teodosio, aquel Emperador á quien el cantor de Itálica califica con el nombre de divino, reinaba en el Imperio. Acendrado católico, bajo su reinado la religion prosperaba y florecia en

todas las clases de la sociedad y en toda su vasta monarquía. En cierta ocasión, en una hermosa catedral se preparaba una solemne festividad religiosa. En medio de la gran nave, alumbrada por la incierta y opaca luz que entraba por las ojivas-ventanas, resplandecía el altar lleno de luces y flores; los sonidos majestuosos del órgano se levantaban hasta la techumbre como una plegaria, y los viejos arcos devolvían el eco de las voces hácia la tierra, y á esto se unían las súplicas-comprimidas de inmenso pueblo que llenaba la basilica; un sacerdote de cana y luenga barba, vestido con sus ornamentos pontificales, oficiaba en el altar; mas he aquí que en la plaza se escuchaba el ruido de una carroza y las voces de "el Emperador!" se propagan aunque en voz baja en la multitud. Al oír esto, San Ambrosio descendiendo del altar; cife su frente con la mitra blanca; la capa bordada de oro oprime sus hombros, y camina lentamente apoyado en el pesado báculo de plata. Avanza por el centro de la nave, y va á esperar al César á las puertas de la basilica. En el momento en que el Obispo llega, el Emperador traspasando el umbral da un paso en el templo, mas he aquí que se encuentra detenido por el Obispo que le dice: "Detente, Emperador! tú no mereces acercarte al Señor; no manches su santa casa con tu planta! has vertido la sangre inocente de tus súbditos, y no puedes penetrar en el sagrado recinto! — David pecó y fué perdonado, responde César.—Pues lo imitaste en el pecado, imítalo en el arrepentimiento," le contesta el santo Obispo.

Y despues por espacio de ocho meses el Emperador, arrodillado en la puerta del templo, con la frente en el polvo, servía de escarmiento á la multitud que miraba asombrada tan extraño espectáculo. Decid, ¿hay sobre la tierra algo que hubiera podido ser un freno mayor para el Monarca? ¿Es la Religion católica enemiga de la libertad? ¿Es, como la pintan hoy algunos ignorantes, esclava del poder?

(Concluid).

#### NUEVA DEFINICION DEL MILAGRO.

Un estudiante de la escuela de medicina fué á visitar á un tío suyo, Cura de cierto pueblo. El doctorcito en cierne no habia tardado en perder su

fe en la escuela universitaria; pero ese día, que era domingo, no se atrevió á insultar el sentimiento religioso de la parroquia, en la cual todos oyen misa, y fué á ella. Y sucedió que el Cura predicó de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, probada por los milagros.

De vuelta de la iglesia, el estudiante creyó oportuno manifestar á su tío los bellos conocimientos que habia adquirido en la capital, y le dijo con tono socarron y acariciándose el nacimiento bigotito:

—Tío, usted ha predicado muy bien; pero yo quisiera saber qué es un milagro.

—Ah! respondió el Cura, ¿con que no sabes todavía lo que es un milagro? ponte aquí, delante de la chimenea, así, volviéndome la espalda, y te lo enseñaré.

El joven obedeció, y al mismo tiempo el Cura le dió un fuerte puntapié en la parte trasera, que hizo bambolear al sobrino, el cual se volvió sobándose con ambas manos el sitio adolorido, y diciendo:

—Tío; pero esto duele mucho!

—Bien, sobrino, respondió el Cura, sabe que si no te hubiera dolido, ese hubiera sido un milagro.

Parece que el joven aturdido comprendió mejor esta lección, que si hubiera sido una definición dada segun las reglas de la lógica de Balmes.

#### CONFIANZA EN MARIA.

Uno de los Obispos de Escocia andaba á pié por las montañas de su diócesis, cuando le sorprendió la noche en un bosque por haber equivocado el camino. Habiendo dado algunos pasos en varias direcciones, llegó finalmente á una cabaña de pobres aldeanos, los cuales lo recibieron ignorando quién fuese su huésped, porque iba envuelto en un largo manto. El Obispo ignoraba igualmente si los que le habían recibido